

Federico Jiménez Losantos

MEMORIA
DEL
COMUNISMO

DE LENIN A PODEMOS

ÍNDICE

<i>Prólogo a esta edición</i>	I
<i>Prólogo</i>	15
Prehistoria de una determinación.....	17
De la religión del Todo a la secta del Todos.....	22
La ignorancia política en el tardofranquismo.....	24
De la mili a la Guardia Roja.....	28
La vida sorprendida de un militante antifranquista.....	30
De la lectura del <i>Gulag</i> al viaje a la China de Mao.....	35
El Partido de los Inocentes y la Agenda del Bien.....	35
El peligro populista en general y el comunista en particular.....	46
La musa del escarmiento.....	52
1. CIEN MILLONES DE MUERTOS.....	55
El búnker intacto de Stalin.....	61
El auténtico «Tema de Lara» y el Doctor Zhivago.....	63
2. EL SOCIALISMO FRANCÉS Y EL ORIGEN DE LA CEGUERA VOLUNTARIA ANTE LA URSS.....	67
Kritchevski, el primer censurado en nombre de la URSS...	70
Lo que sí tomaron los bolcheviques: la bodega.....	76
Los siete episodios del golpe bolchevique.....	78
El dramático llamamiento de los socialistas rusos.....	80
La masonería, el kerenskismo y el sectarismo de izquierda....	84

¡Ah, el prestigio de la idea socialista!.....	87
Un debate extraordinario y de trágico final	89
El pogromo anticapitalista del judío Trotski.....	100
Libertad, igualdad, propiedad: los fantasmas del socialismo ...	102
Tiendas vacías y cárceles llenas.....	106
Souvarine, un Saint Just para Lenin.....	109
El muñeco Souvarine del ventrílocuo Taratuta.....	115
El año I de Lenin que dibuja todo el siglo xx	119
La crisis del socialismo en Francia y la oficina de Moscú....	123
El socialismo, entre la libertad y el comunismo	125
La escisión del socialismo francés.....	128
De los obreros a los profesores de leninismo.....	135
El delirio de la Revolución Mundial Exprés	139
La naturaleza sectaria de los partidos comunistas	142
Mentira y terror	147
El asalto a la propiedad, clave del terror rojo.....	153
El terror de los socialistas es solo violencia.....	155
La denuncia de Mártov contra los crímenes de octubre	162
3. LENIN	167
Los orígenes políticos de Lenin.....	168
Los padres políticos de Lenin 1 / El terrorismo ruso.....	170
El <i>Catecismo Revolucionario</i> de Netchaev y Bakunin.....	178
La personalidad de Netchaev y la táctica de Bakunin	185
El odio, motor de Lenin.....	186
Los padres políticos de Lenin 2 / Marx.....	192
El comunismo en Marx	194
El almacén de necesidades de Karl Marx.....	200
La mentira como arma intelectual	203
La somatización de los fracasos	208
El comunismo de Marx o la improvisación adolescente	210
Últimos desvaríos de Marx	211
Los padres políticos de Lenin 3 / Bakunin.....	214
Bakunin, contra todas las libertades	219
La Comuna francesa y el comunismo ruso.....	220
La violencia es guerra y la guerra debe ser civil.....	221
Lenin, el anarquismo y los anarquistas.....	230
Los padres políticos de Lenin 4 / Plejánov.....	233

La tortuosa personalidad de Lenin	236
El arma del crimen: un partido antiproletario	240
El empleado revolucionario de la «empresa Lenin»	242
El ayatolá Uliánov	248
Creación y funcionamiento de la Cheka	260
La destrucción del proletariado por Lenin	265
La elegía del soviét de Kronstadt	269
La economía de Lenin: ocurrencias, hambre y ruina.....	270
Tierra y propiedad y libertad: la guerra del campesinado....	275
Los desertores del Ejército Rojo son los «Verdes»	282
La guerra civil militar y la traición de Occidente.....	283
La masacre de la dinastía Romanov por la dinastía Lenin ...	291
Órdenes directas de Lenin	292
El perro y la propiedad posmoderna	302
El totalitarismo racista y genocida de Lenin	303
El antisemitismo del antileninismo popular.....	312
La hambruna, los intelectuales, los curas y Lenin	314
Las matanzas de rehenes cristianos	319
La primera «Teología de la Liberación»	322
Lenin a la conquista del mundo	323
La enfermedad de Lenin y Lenin como enfermedad.....	329
La descosaquización, el genocidio olvidado de Lenin	332
Las «listas negras de intelectuales» de Lenin.....	335
El lento y retorcido camino hacia la muerte de Lenin	339
La pista del cianuro	340
Las cifras de víctimas del comunismo	346
El negro cerebro de Lenin	348
4. STALIN Y LA GUERRA DE ESPAÑA	349
La entrada del comunismo en España.....	350
Furet y los equívocos sobre la España de 1936.....	371
El papel del comunismo en la Guerra Civil	374
El comunismo no estaba solo en la URSS.....	377
Largo reprende a Stalin por parlamentarista	384
El absurdo debate de las dos revoluciones comunistas.....	386
La reconciliación nacional y el terror rojo trasapelado.....	389
El síndrome del estrés posbélico, Azaña y el problema nacional de 1978.....	394

La renovada historiografía cainita	397
España y Azaña: mis buenas y fracasadas intenciones.....	400
La masonería y el terror rojo	405
Azaña y el terror republicano antes de Paracuellos	408
Los <i>Diarios</i> de Azaña y la guerra del PSOE	420
Orwell y la leyenda rosa del POUM y Cataluña.....	425
Furet, contagiado de orwellismo	431
El homenaje a la verdad de Cataluña	435
Cuando las autoridades abrazan el terror	436
Companys, la biografía alucinante de un alucinado	438
La dictadura del terror bajo Companys	444
El primer terror comunista bajo Companys	450
La muerte de Durruti, tal como me la contaron.....	455
La máquina del terror comunista	458
La destrucción del patrimonio artístico	471
La izquierda española descubre el separatismo	474
Juan Negrín, el mayor ladrón de la historia de España	485
<i>Negrinete y Prietadillo</i> en la República de Monipodio.....	492
5. EL ESLABÓN PERDIDO DEL PCE: VALENTÍN GONZÁLEZ	
<i>EL CAMPESINO</i>	497
El bolchevismo en Sierra Morena.....	503
La atracción de falangistas y anarquistas.....	505
Las leyendas de Valentín González.....	507
La reaparición teatral de El Campesino.....	509
Una declaración espectacular.....	510
El testimonio de El Campesino sobre el Gulag.....	511
Lo que dijo Soljenitsin.....	514
Lo que dijeron de Soljenitsin.....	515
6. EL PCE HACIA LA DEMOCRACIA	519
Recuerdo de Santiago Carrillo y la obligación moral de los excomunistas	519
La sorpresa de la legalización del PCE y también del anticomunismo	521
El PCE del interior y el de Rumanía	523
Carrillo se legaliza a sí mismo.....	525
<i>El País</i> , con la legalización y contra el comunismo.....	526

La verdadera historia de la legalización del PCE.....	529
La versión del anfitrión rumano sobre cómo se legalizó realmente el PCE	532
El mérito oculto del rey	535
7. CHE GUEVARA O EL BUITRE FÉNIX	537
Una «Cheka» en La Habana	540
Morir y cerrar los ojos.....	545
Hungría, España y otras noches tristes	552
La vida privada y regalada del Che.....	554
Un cadáver en la selva	564
Frasas mortales del Che.....	570
8. PODEMOS O EL COMUNISMO DESPUÉS	
DEL COMUNISMO	573
El caso francés o <i>Les Invalides de la Gauche Historique</i>	575
El comunismo triunfante, de China a Cuba pasando por Washington.....	577
Trump, otro «idiota internacional»	580
La elegía de Liu Xiaboo	581
La hambruna de Mao según Dikötter.....	584
Iglesias, un hijo político de la televisión	586
Una continua apología de la violencia	588
La afinidad de comunismo y fascismo.....	590
La anti-idea de España	592
La resistencia a un comunismo nacional.....	593
Cronología de un vértigo	594
Posdata. España según Galdós	598
EPÍLOGO. DEL AUSTRIA DE MISES A LA ESPAÑA DE JUAN	
DE MARIANA.....	601
La inhibición moral de Mises	609
Volviendo a Lenin, Hitler, Mussolini... y Franco.....	612
Reivindicando <i>El Socialismo</i> y olvidando el Gulag	613
El «Peligro Rojo»: los profesores, no los tanques.....	615
La eugenesia nazi y sus orígenes intelectuales	619
El problema esencial de la libertad es la propiedad.....	620
La libertad, en propiedad	624

Escohotado y los orígenes de la propiedad.....	627
El catolicismo español del Siglo de Oro y la lucha por la libertad	629
La Escuela de Salamanca y la Escuela Austríaca	631
La Escuela Española de Economía, antes de Salamanca	640
<i>Las curvas de Albarracín</i>	641
Dimensión de la Escuela Española de Economía	646
Vida de Juan de Mariana	648
El proceso contra Juan de Mariana	651
Tras la prohibición, la tergiversación.....	655
Decálogo del Padre Juan de Mariana.....	662
El valor añadido del español del Siglo de Oro	666
Recuerdo de los liberales de Albarracín	669
El comunismo es una desmemoria.....	675
ANEXOS	679
Mapa de los campos de concentración (Gulag) en la URSS.....	680
Algunos métodos de tortura en la Cataluña de 1936	683
Checas en Madrid	686
Clasificación de las checas.....	689
Censo total de las checas de Madrid, Barcelona y algunas de la Comunidad Valenciana.....	691
Carta de Olga Novikova sobre «El Campesino» en el Gulag ...	703
Dificultades para la legalización del PCE. Informe de Inteligencia para La Zarzuela.....	709
El nacimiento de Pablo Iglesias como estrella de televisión. Debate con el autor en <i>El gato al agua</i> , el 25 de abril de 2013.....	711
Datos básicos del régimen del 78 que quiere liquidar Podemos	717
Firmamento de los maestros olvidados de la Escuela de Economía Española.....	718
<i>Bibliografía</i>	721
<i>Índice onomástico</i>	735

Cuenta Anne Appelbaum en su libro sobre el Gulag que de las fosas comunes en los campos de concentración a orillas del Círculo Polar Ártico se desprenden a veces, dentro de bloques de hielo, montones de cadáveres apilados un día y olvidados bajo la nieve años atrás. Los imagino flotando en el silencio del mar helado, roto de vez en cuando por la fractura de los icebergs, hasta que un día se funden y los pobres muertos van dejando caer sus huesos en la tiniebla del fondo del mar, más clemente que sus verdugos. No es imposible que algún día, ante los ojos asombrados de los turistas que hayan ido a la Vorkutá como hoy van al Kremlin a ver la momia de Lenin, empiecen a aparecer, con la última mirada atónita del fusilado, uno, otro y otro cadáver, conservados en el hielo de la minúscula memoria de cada uno de ellos, que en nombre de la Memoria Histórica con mayúsculas, la del crimen impune y el triunfo del mal, tantos historiadores tratan de borrar. A la memoria de cualquiera de ellos va dedicada esta modesta memoria mía.

PRÓLOGO

*Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos,
la edad de la sabiduría y también de la locura; la época de la creencia
y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas;
la primavera de la desesperanza y el invierno de la desesperación.*

*Todo lo poseíamos, pero no teníamos nada;
caminábamos derechos al cielo
y nos perdíamos por el camino opuesto.*

En una palabra, aquella época era tan parecida a la actual...

CHARLES DICKENS, *Historia de dos ciudades*

El comunismo ha sido para dos generaciones de católicos españoles, como la mía, una *teología de sustitución*. Cuando yo nací se me explicó que tenía tres motivos sagrados de agradecimiento: a Dios, por haber creado el Mundo y todas las cosas, visibles e invisibles; a mis padres, por haberme creado a mí y cuidarme de todo mal; y a España, mi país, que me daba una lengua para comunicarme con los demás niños y en el que los españoles mayores se sacrificaban para que todos, todos los niños pudiéramos estudiar, hacernos hombres de provecho y ayudar a los demás niños, también españoles, a estudiar, si valían, o a trabajar honradamente, sacar adelante a su familia y ser felices.

Yo debía, pues, cumplir los Mandamientos, sobre todo el de obedecer a mis padres y estudiar mucho para ser un buen hijo, un buen cristiano y un buen español, que un día, cuando fuera mayor, ayudaría a otros niños como me habían ayudado a mí. Yo pertenecía a un Todo, que era Dios, y me debía a unos Todos, que eran los demás, mis semejantes niños, a los que, aunque no fuera fácil, tenía que amar como a mí mismo.

Esos principios de caridad cristiana, elevada a justicia social, fueron manteniéndose a lo largo de mi infancia y se reforzaron en mi adolescencia. Pero un día, tenía dieciséis años y mi padre había muerto unos meses antes, perdí la fe.

Psicoanalíticamente, parece un proceso de libro: tras perder físicamente la figura paterna se desvanece la figura de Dios Padre. Pero no se

desvanece el imperativo moral, el superyó, el sentido de lo que está bien y está mal, la obligación de buscar el bien, perdido el Todo, en el Todos.

Ahí entra el Partido, que es anterior y posterior al comunismo, del mismo modo en que la Iglesia es para el niño el lugar de la fe antes de que esta se manifieste y sigue siéndolo, como lugar de culto, desde el bautismo al entierro, mucho después de que la fe y el niño que la tenía desaparezcan.

Si a uno le han inculcado, como una segunda naturaleza, el principio del deber como un hecho moral, sin el que la vida se convierte en algo sin sentido, y si en la adolescencia, como fue mi caso y el de muchos, pierde la fe, la manera de encontrar sentido a esa vida a borbotones que nos posee en la primera juventud es buscar otra fe, otra religión, otra trascendencia. Esa búsqueda a tientas se hace imperativa si uno está educado en la idea de que la vida individual debe trascender y justificarse en relación con el otro: nuestros padres y nuestros semejantes, el prójimo o próximo, los que caen más cerca y no vemos, los invisibles y marginados, los pobres en general. Y esos *demás* —caídos, pobres, abandonados— son consuelo de la conciencia y alivio de la mala conciencia de no estar cumpliendo tu deber, ayer como cristiano y hoy, ya sin fe, como ciudadano de España y del Mundo.

Las pérdidas de mi padre y de la fe encontraron sustitución cumplida, más que satisfactoria, en los profesores del Instituto en que, gracias a la beca, estudié el excelente bachillerato de entonces durante siete años. Sobre todo, los mentores y amigos del Colegio San Pablo que, en los tres años de bachiller superior y curso Preuniversitario, fue mi hogar y ateneo, teatro y biblioteca, sala de música y timba de póker, remedio de mis ausencias y farmacia para las infinitas e imprecisas dolencias adolescentes. Fue, en fin, la puerta a la vida adulta, en la que, allá al fondo, se veían brillar dos cosas relativamente prohibidas y, por ello, irresistibles: el Sexo y la Política.

Durante el franquismo solo había dos organizaciones políticas: el Movimiento, que sería inmóvil mientras Franco viviera, y los partidos políticos, que, con la Iglesia de por medio, eran solo uno: el comunista, y al que por ser el único se llamaba, en susurros pero en mayúsculas, El Partido. Pero El Partido no era solo una organización, sino, sobre todo, un entorno, un lugar de iniciación al gran tabú de la posguerra, que era

la política. Por efecto inmediato de esa prohibición, cuyo ingrediente básico era el temor a la vuelta de la política, que la generación de nuestros padres vivía como el posible retorno a los años de la República y la Guerra Civil, la política era la oposición al régimen franquista, que era apolítico —y por eso tenía tanto apoyo popular— y antipolítico —y por eso tenía tan poco apoyo juvenil—. Al morir mi padre y perder la fe, mis figuras paternas de sustitución fueron mis educadores, en el mejor sentido de la palabra, José Antonio Labordeta y José Sanchís Sinisterra, ambos cercanos al PC, aunque no militantes. Así se produjo en mí la sustitución o traslación del catolicismo al comunismo.

Ya he contado en otros libros (*La ciudad que fue* y el prólogo al libro de memorias de Labordeta *Tierra sin mar*) algunas de las muchas cosas de aquel Teruel sorprendentemente moderno, festivo y surrealista, en el que con la ferocidad propia de la quinceañería buscábamos la liberación individual a través de una anárquica, pero intensa, exploración intelectual. Y a finales de los sesenta aquel huérfano reciente que era yo tropezó un día en la televisión del Colegio con las imágenes del Mayo del 68 en París, que la TVE franquista, supongo que como vacuna, emitía en detalle y a diario.

Suele subestimarse el carácter rebañiego de la adolescencia, el papel de la moda en sus tendencias —musicales o políticas, siempre de oídas— y la fuerza de las imágenes como elemento identificador del animalito social. Tal vez da un poco de vergüenza reconocerse tan banal en esos años tan poseídos de sí mismos que todos debemos pasar y que en los felices sesenta, que tenían en grado superlativo lo que Ortega dijo del primer franquismo, «una salud casi indecente», nos condujo velozmente por *lo que se llevaba*. Y desde Mayo del 68 lo que se llevaba era la revolución, el compromiso político, sin excluir la violencia. Y eso nos abocaba al comunismo.

PREHISTORIA DE UNA DETERMINACIÓN

Aunque la historia reescrita por los chequistas vocacionales de estos últimos años presenta la época franquista como un período de oscurantismo intelectual y prédicas guerracivilistas en todos los ámbitos de la educa-

ción, lo cierto es que a mí, becario rural e interno hasta los catorce años en el único colegio de Teruel, el del Frente de Juventudes, nunca me hablaron en serio del comunismo, ni mal ni bien. Podían y debían haberlo hecho, al menos para dar a los jóvenes un motivo para llevarles la contraria, pero no fue así. En los años sesenta, el gran logro que proclamaba el régimen de Franco en sus XXV años de Paz era ganar y haber dejado atrás la Guerra Civil, la división entre españoles —«debida a los partidos políticos»— la pobreza y la ignorancia que explicaban la violencia en nuestra reciente historia.

Evidentemente, eso era falso: se mantenía y cultivaba, al menos, una división entre españoles: los que estaban, o lo fingían, con el régimen y los «desafectos». Sin embargo, la prosperidad general que la liberalización de la Economía desde el Plan de Desarrollo de 1959 supuso en las condiciones de vida fue extraordinaria; y hubo otros dos planes esenciales. El primero, la mejora en la Administración —y la lucha contra la corrupción— con la creación de una meritocracia real sustentada en los Altos Cuerpos de la Administración del Estado. Mediante duras oposiciones nacionales y el trámite de jurar los Principios del Movimiento, permitía ingresar a los más capacitados en todos los tramos de la Administración.

Y como la meritocracia real empieza por ser democrática, se produjo en paralelo a esa mejora de la Administración algo que cambió la vida a los niños nacidos en los años cincuenta y sesenta: las becas del Patronato de Igualdad de Oportunidades (PIO) que no hacían distinción de sexo ni se limitaban a las familias con antecedentes políticos «nacionales» y no «rojos». Era lógico, dentro del desarrollo del franquismo como superación de la Guerra Civil.

Mi familia, como millones en España, venía de los dos bandos: el de mi padre, el «nacional»; el de mi madre, el «republicano». Mi padre era alcalde de mi pueblo —de Falange, claro— en los años más duros del maquis, que en las sierras de Teruel y Cuenca duró hasta 1948. Y mi madre se había hecho maestra cuando la guerra desbarató a su familia. En julio del 36 estaba a punto de hacer el Examen de Estado para cursar lo que hoy es Económicas (entonces Hacienda) cuando estalló la guerra y su padre, mi abuelo Emeterio, maestro y republicano, huyó de Calahorra denunciado por un fraile y pasó la guerra en Zaragoza, como *topo* en ca-

sa de un primo que era ferroviario de UGT, bellísima persona y sin significación política.

Al terminar la guerra, quebrantada su salud, mi abuelo murió. Para ganarse la vida, mi madre hizo entonces el cursillo de cinco meses que, para cubrir las bajas de los maestros muertos o exiliados, había convocado el Régimen. Sacó el título de Magisterio, que no le cogía de nuevas, y su primer destino fue un pueblo de Teruel, Las Fábricas de Villarluego, una zona del Bajo Aragón donde todavía los maquis perpetraban atrocidades. Cuando, al segundo año, le tocó en concurso Orihuela del Tremedal, veía con muy buenos ojos a los que los combatían. Y del encuentro entre un zapatero inteligente, pero que tuvo que dejar la escuela a los once años para trabajar haciendo zapatos y botas para la nieve, y la brillante matemática vocacional que tuvo que dejar la universidad en el 36, nació mi familia.

Mi infancia, en virtud —porque virtud había en ambos lados, típicos de la España más baqueteada por la guerra— de ese doble antecedente de frustración familiar, estuvo marcada por una obligación que mi padre y mi madre sentían como sagrada: sus hijos tenían que alcanzar, o al menos intentarlo, lo que la pobreza y los azares de la guerra les habían impedido alcanzar a ellos. Desde siempre recuerdo a mi madre contándome su vocación de matemática («es lo más bonito que hay, como la música») y hablando de mi abuelo Emeterio, muy listo, como según mi madre también era mi otro abuelo Jorge, al que llegó a conocer, pero murió antes de nacer yo. Mi trabajo, mi obligación era estudiar. Y lo mismo decía —imponía más, porque hablaba menos— mi padre, que era, según concedía mi madre, «una inteligencia natural, aunque sin estudios», curtida en las guerras de la vida.

De la Guerra Civil, pese a haberla ganado, él no hablaba nunca. En parte, porque mi madre la había perdido; en parte, porque le recordaba a su hermano pequeño, Julio, un militar muerto muy joven en la batalla del Ebro y cuyo retrato —él quedó en una de tantas fosas comunes, en Gandesa— tenía mi abuela sobre la estufa. O tal vez recordaba las trincheras de la batalla de Lérida, en la que escapó de milagro con un tiro en la oreja. O cuando logró escapar de los maquis, otro milagro, el día en que asaltaron nuestra casa para matarlo, como hacían con los alcaldes de la zona. Precisamente mis padres se conocieron al día siguiente de que ma-

taran a su primo Eustaquio, alcalde de Santa Eulalia, tirándolo en un camión ardiendo por un barranco. Mi abuela había pasado la guerra en los sótanos del seminario de Teruel, el último y heroico refugio de los nacionales, con su hijo pequeño, Ignacio, que era seminarista y ayudante del obispo, el Padre Polanco, que al caer el seminario fue apresado por los rojos y luego asesinado en la frontera de Francia, cuando, con la guerra ya perdida, decidieron fusilar a los rehenes.

Entre tanto dolor, que salía suelto, a retazos, los niños íbamos componiendo, sin hacer preguntas, el rompecabezas de la familia, porque, nos decían, «de la guerra, es mejor no hablar». En mi casa el final de la guerra no quedó sellado por la victoria de los nacionales, sino porque la parte nacional y la republicana vieran a sus hijos estudiando una carrera. Algo que, antes de Franco, solo hacían los ricos o los que, sin serlo, tenían algún tipo de acceso especial a la educación, como mi madre.

Por eso el anuncio de un sistema de becas para las zonas rurales a través del Patronato de Igualdad de Oportunidades (PIO), cuyo lema era «Que ninguna inteligencia se pierda por falta de medios», cayó en mi casa como el maná del Antiguo Testamento, alivio del hambre de los israelitas en el desierto. Era la prueba de que tanto sacrificio podía tener recompensa. No teníamos duda de merecerla, pese a que nunca en la historia de España centenares de miles de niños de las zonas más apartadas y pobres habían tenido acceso, por mérito pero gratis, a la mejor educación. Para mí, que era el mayor, eso suponía más responsabilidad, porque debía ganar la beca, dar ejemplo a mis dos hermanos —todos estudiamos con ella—, hacer felices a nuestros padres y evitar *el tablón*, como llamaba mi madre al duro trabajo en las serrerías de mi pueblo. Eso se traducía en un profundo sentido del deber, interiorizado hasta la médula. Pero que no viví ni me hicieron vivir de forma angustiada, sino como la oportunidad de devolver el amor de mis buenos padres. Creo que durante toda mi vida esa ha sido mi preocupación fundamental: no *quedar mal*, por ellos, no defraudar nunca sus esperanzas.

Ese *superyó* que tanto me obligaba ante los demás —y me convertía en candidato perfecto a militante comunista— no llevaba consigo, sin embargo, rencor social alguno. Nunca se nos dijo que nuestras becas eran fruto de la generosidad del régimen, sino de la *justicia social* que, por fin, el régimen de Franco llevaba a cabo. Nunca fuimos ni nos hicieron sen-

tir «parientes pobres», obligados a agradecer la oportunidad que se nos daba. La habían ganado nuestros padres y abuelos trabajando y pasando calamidades. En realidad, los becarios, los más pobres, mirábamos por encima del hombro a los menos pobres, nacidos en Teruel. Éramos los más listos de cada pueblo y para conservar la beca debíamos sacar más de siete de media, de notable para arriba, así que superábamos a la mayoría de los chicos de la capital. No había lucha de clases, porque, con la beca, traíamos ganada la victoria.

Esa sensación de superioridad que teníamos los becarios del Colegio San Pablo por ser más listos, más leídos, más modernos, más libres y más de todo (excepto más ricos, pero eso no importaba mucho), nos acercaba inevitablemente a la izquierda, cuya diferencia esencial con la derecha es sentirse moralmente superior y que la derecha lo acepte. Sin darnos cuenta, asumíamos una conciencia de casta elegida, de minoría capaz de entender mejor que nadie lo que pasaba en un mundo que no entendía lo que pasaba. Y lo que pasaba, y no solo en París, era el Mayo del 68, una movilización juvenil como no se veía en Europa desde mediados del siglo XIX.

Los jóvenes se sienten inmortales. Por eso en ellos es irresistible la fascinación por una violencia que —creen— no puede alcanzarlos; y siempre más por las imágenes que por la violencia en sí. Pero aquel Mayo del 68, con el sonido de la televisión apagado, era, sobre todo, imágenes: botes de humo, carreras, un joven con la ceja rota atendido por una chica, los CRS como enormes escarabajos cargando contra greñudos en fuga. Lo que veíamos en París era inconcebible en España, pero los adoquines contra la policía los tiraban jóvenes como nosotros, eran los universitarios que seríamos un año después. No sabíamos qué pasaba, pero nos gustaba muchísimo verlo.

Sucede que la juventud es un arte de imitaciones y sabe tan poco que debe ocultarlo simulando estar en el secreto de todo. Era inevitable en esos años que un adolescente de cultura católica se sintiera atraído por esa forma de saberlo todo, de salvarlo todo y a todos y, de paso, salvarse a sí mismo, que es la revolución, mucho más si es música sin letra. La fe perdida en el más allá se reencontraba en la Política del más acá. Y como el franquismo ya no se llevaba ni entre los franquistas, se puso de moda lo contrario: la música del enemigo, la simpatía por el diablo, los Rolling, el comunismo, el Partido.

DE LA RELIGIÓN DEL TODO A LA SECTA DEL TODOS

En el último siglo cinco generaciones de comunistas han vivido la experiencia del Partido y muchos han querido explicarla a los demás y explicársela ellos mismos. Sin embargo, sus reflexiones han caído en un vacío cuidadosamente ocupado por los comunistas. Y es que la vieja frase de Lassalle, repetida por Lenin, «el partido se fortalece depurándose», no solo rige hacia dentro, sino hacia fuera.

El caso de Podemos, último avatar de la secta leninista, ilustra esta forma de actuar perfectamente: a los disidentes de dentro se los depura y margina. A los críticos de fuera se les injuria en Internet y en las mismas Cortes, con la complacencia de unos políticos necios que solo ven abusos en la libertad de expresión (de *haters* o dirigentes) en lo que es una deliberada, tradicional, probada y eficaz política de *exterminio moral* de los enemigos que, para un verdadero leninista, son, sencillamente, *todos*.

Boris Souvarine, hombre clave en el gran éxito del bolchevismo, que ha sido y es la conquista de París como centro de la propaganda comunista, fundador del PCF y que conoció personalmente a Lenin antes de convertirse en uno de los grandes anticomunistas de la historia, expresó así su propia experiencia:

Los bolcheviques han heredado esta concepción (la del terrorismo del «hombre nuevo» que teorizaron Netchaev, Bakunin y Chernichevski, retrató Dostoievski en *Los demonios* y asumió Lenin), adaptándola a sus necesidades y a su época. Para ellos, el mundo se divide en dos: el partido y los demás. Ser expulsado del partido equivale a ser arrojado del planeta. Para permanecer en su seno están dispuestos a todas las bajezas, de acuerdo con su moral amoral; dispuestos a envilecerse, a darse golpes de pecho en público con reservas mentales, a delatarse mutuamente, a jurar obediencia y sumisión *perinde ac cadaver*, sin perjuicio de reanudar sus maquinaciones tan pronto como les sea posible.

El «hombre nuevo» del comunismo está tomado, evidentemente, del «hombre nuevo» del cristianismo. Por eso tantos cristianos y judíos, cuya conciencia de culpa proviene de un airado Jehová o del Pecado Original —que es el origen de clase, burgués o pequeñoburgués, de sus militan-

tes—, se sienten teológicamente en casa al avistar el paraíso social, el comunismo. Hay que sacrificarse, hacer penitencia para merecerlo. Pero el Partido tiene una ventaja sobre el Evangelio: obliga a hacer penitencia a los demás. Este aspecto, a la vez expiatorio y coercitivo, masoquista y sádico, otorga un aura especial al militante: la de los inquisidores y los monjes guerreros, que pueden ser también procesados por herejes o caer víctimas de los infieles, pero cuya salvación personal está asegurada por la lucha para la eternidad.

El comunismo es un monoteísmo y no admite otro dios que él mismo. Stalin lo explica hablando con Bernard Shaw de su personaje histórico favorito, Iván el Terrible:

Uno de sus errores fue infravalorar a una de las cinco grandes familias feudales. Si hubiera aniquilado a esas cinco familias no se habrían producido los años turbulentos. Pero Iván el Terrible podía ejecutar a alguien y perder luego mucho tiempo arrepintiéndose y rezando. En este sentido, Dios le supuso un estorbo. Tenía que haber actuado con más decisión todavía.*

Por eso, en la hagiografía que le encargó a Eisenstein y por la que le otorgó el Premio Stalin, es decir, la medalla de sí mismo, Iván siempre está preocupado en exceso por una conciencia que no se distingue de la locura y que dificulta el ejercicio implacable de la razón de Estado. El problema de la moral individual, sempiterno estorbo del Uno para el Todos (el Partido), lo resuelve en su brutal estilo Lenin en el discurso de 1919 a las Juventudes Comunistas: «*No creemos en la moralidad eterna y denunciamos lo ilusorio de los cuentos de hadas sobre la moralidad*» (Volko-gónov, 1996).

O sea, que la moralidad era lo que él, Lenin, luego Stalin y así hasta Gorbachov, decidieran en el Kremlin. Por eso, la rebelión de los obreros de Kronstadt en favor del poder de los soviets, ensalzada por Lenin y Trotski, fue tres años después masacrada por Trotski y Lenin, por el delito de pedir lo mismo a quienes ya solo debían obediencia.

* Charla con Bernard Shaw.

LA IGNORANCIA POLÍTICA EN EL TARDOFRANQUISMO

Pero ¿qué sabíamos sobre el comunismo, tras el parisino Mayo del 68, los que estábamos a punto de entrar en la universidad? Nada. El franquismo había dejado de criticarlo como en la posguerra, aunque no de perseguirlo, y no se molestaba en poner al día los datos del Gulag o promocionar los libros de los disidentes del PCE. Y el antifranquismo, que era el Partido, disimulaba. El gran problema de imagen, siempre la imagen, fue la entrada de los tanques en Praga en 1968 para imponer el orden soviético al «socialismo con rostro humano» de Dubcek. Y también vimos por televisión a jóvenes de nuestra edad, más heroicos que los franceses, plantando cara a los tanques.

Ante ese dilema de los ignorantes, pero no ciegos, jóvenes antifranquistas, sobre todo estudiantes, el PCE esgrimía su estrategia desde mitad de los sesenta: la «reconciliación nacional» o «pacto por la libertad» de todas las fuerzas que, dentro o fuera del régimen, querían pasar de la dictadura franquista a la democracia mediante la amnistía general y la cancelación de todas las deudas simbólicas por la Guerra Civil. Asumía, ojo, que solo en una democracia «a la europea» (en ello insistía siempre el Partido) podría darse una evolución pacífica hacia el socialismo, siempre dentro de las libertades democráticas. La clave era la libertad, la democracia. Luego, ya se vería. De entrada, socialismo no.

¿Y qué era la política, sino otro nombre de la libertad, para aquel chico de Teruel que, con dieciséis o diecisiete años, oía a Little Stevie Wonder y Aretha Franklin, a los Beatles y a los Bravos, al Serrat en catalán, a Paco Ibáñez y a Hilario Camacho, que vino al San Pablo porque estaba en la misma casa de discos que grabó el primero de Labordeta? ¿Qué otra cosa podía ser para el actor que representaba a Lorca, Cervantes y Mrozek? ¿Qué creía descubrir en Bertolt Brecht y Miguel Hernández, en Kafka, Proust o Joyce cuando llegaban al Instituto, con los *Manuscritos filosóficos* de Marx, en los libros de bolsillo de Alianza Editorial, que costaban cincuenta pesetas? Y cuando Labordeta y Sanchís me dejaban las novedades del *Boom* hispanoamericano: Rulfo, Cortázar, Vargas Llosa, García Márquez, Borges, Carlos Fuentes, Sábato y Donoso, ¿qué veía yo, más que la libertad de escribir maravillosamente en español? La

política, aun a tientas, se resumía en esa palabra: libertad. Había que salir de la dictadura y tener más libertad, sí.

Pero el problema para ese mismo chico que, recién cumplidos los dieciocho, entró en la Universidad de Zaragoza, era que los que habían invadido Checoslovaquia eran los tanques del Pacto de Varsovia. Las imágenes de París condenaban a la burguesía capitalista —*Bourgeois, vous n'avez rien compris!*—, pero los tanques de Praga condenaban aún más la dictadura comunista. Así que entre el horrible capitalismo y el siniestro comunismo, elegimos... el antifranquismo.

En el PCE que yo conocí desde 1970 ese papel de incomunicación que necesita la secta para no cuestionarse su existencia lo cumplía, precisamente, el franquismo. Al estar prohibido el PCE, nada se debatía o discutía: se susurraba o sobreentendía, aunque no se entendiera. Era más importante estar en el secreto que desentrañarlo, siempre por *motivos de seguridad*. La ilegalidad era garantía de opacidad para los que formábamos el verdadero Partido, que no era solo el núcleo, la organización interna, jerarquizada según las estrictas normas de la clandestinidad y de la que nada sabíamos, sino todo el grupo social mucho más amplio llamado de «gente maja». O sea, que no denunciaba y colaboraba en las campañas que el partido emprendía, con cautela, cuando era preciso.

Esa «gente maja», clave real de la fuerza del PCE cuando llegó la Transición, a la vez escudo y arma del Partido, podía componerla un falangista honrado que podía esconder a un militante amigo, un «cura rojo» (término poco usado, porque evocaba la Guerra Civil) que prestaba la sacristía para la siembra y cosecha de vocaciones políticas, o el profesor y el alumno demócratas, individualistas, pero «majos». O sea, útiles.

El Partido solo me podía pillar por los libros y, en efecto, por ellos me cazó. La que iba a ser mi despertador ese curso, Elena Iraola, repetidora, aunque listísima, me vio el primer día de clase en el fondo del aula leyendo, mientras se repartían los horarios, el libro de Arnold Hauser *Historia social de la literatura y el arte*, prólogo habitual al de Lukács *Historia y conciencia de clase*. Era la jefa del Partido en la facultad y la llamaban *La Pasionaria*. Me vio enfrascado en el tercer tomo de Guadarrama, prueba de que no ojeaba, y me caló. A la semana siguiente era elegido delegado en el Comité de curso, fórmula del PCE ese año. Meses después, ya amigos, le pregunté por el Partido:

—Tú no estás hecho para el Partido.

—¿Por qué no?

—Eres demasiado individualista, no aceptarías la disciplina. Eres un liberal pequeñoburgués o un anarquista, muy majo, pero no un militante.

—O sea, que el problema del Partido son los individuos.

—El individualismo, que no es lo mismo.

—Vaya si lo es. No puede haber individualismo sin individuos como no puede haber comunismo sin comunistas.

—¿Ves? Eso es lo que no entiendes ni entenderás nunca. Para ti, el comunismo es una idea. Para el militante, el comunismo es el Partido.

—Pues, entonces, estoy mejor fuera.

—Eso pienso yo. Pero eres un tío majo. Si te conviertes, me avisas.

—Lo dudo.

—Y yo.

En vísperas de los exámenes finales de primero, estaba leyendo en la puerta de la Facultad un cartel que anunciaba un expediente contra dieciséis dirigentes o representantes estudiantiles, los comités de curso, y alguien detrás de mí, pero en diagonal, mirándonos, va y dice, señalándome:

—A este chico le va a caer uno.

Solo acerté a contestar, señalándolo a él, sin atacar por si era chivato:

—¡Será hijoputa!

Así conocí a Javier Rubio, luego gran amigo y que tanta importancia tuvo en mi decantación ideológica, pero que entonces era de los *anarcos* y, por tanto, enemigo acérrimo del Partido, al que se creía que pertenecía yo. Por suerte, la Policía tenía mejor información y no me cayó el expediente. Pero hasta que salió la lista, no dejé de darle vueltas en mi atropellada cabeza a una cosa: ¿cómo se lo explicaría a mi familia? ¿Qué dirían mi madre y mi abuela, que completaban la beca, escasa para mis necesidades librescas, pensando siempre en que hiciera una carrera y las hiciera sentirse orgullosas?

Lo que me sorprende ahora es que ni por un momento pensé en dejar la política. La represión en ciernes solo me provocaba un encono todavía mayor contra la dictadura, que podía meterme en la cárcel, ese era el juego, pero no tenía derecho a privarme de una carrera por unas ideas de las que ni siquiera estaba seguro. Sí de mis lealtades.

Cuando se ha visto detener ante tus narices a una chica con la que has salido la noche anterior, o sabes que acaban de meter en la cárcel a aquella Pasionaria que te convenció para meterte en el comité de curso de primero de carrera, o te enteras de que a tu compañero de clase Ángel lo ha detenido la Social y lo ha interrogado —léase torturado— dos semanas, dejas de hacerte preguntas. Necesitas aferrarte a una respuesta. Y solía ser esta: «El Partido es lo único que hay frente al franquismo». Y era verdad.

La vuelta al marxismo se produjo tras un paréntesis de tres años, los tres primeros en Barcelona. El primero fue un año de somatizaciones kafkianas, apenas compensadas por la poesía coreana. En realidad, era el entierro de la época feliz de Teruel, prolongada en Zaragoza con Labor-deta y el Partido. En la primavera, me curé. Encontré a la chica que buscaba, aunque tardé unos meses en que ella me encontrara a mí. Y llegaron amigos de Teruel, entre ellos César Hernández, y con Gonzalo Tena nos mudamos a la calle Hospital, junto a las Ramblas.

Allí vivía el pintor José Manuel Broto, gran amigo de Javier Rubio, mi antiguo rival político en Zaragoza y con el que pronto me amisté. Y así, de buenas a primeras, con amigos de Teruel, Zaragoza y gente suelta de todas partes, que eso era aquella Barcelona de los setenta, formamos una especie de comuna interesada en la pintura, la semiótica y el psicoanálisis, que nunca había dejado de leer y que volví a estudiar cuando llegó a Barcelona Oscar Masotta, el introductor de Lacan en el mundo hispánico. De ahí salió el grupo de pintura Trama (Broto, Grau, Rubio, Tena y yo, mero teórico), la Biblioteca Freudiana de Barcelona y la *Revista de Literatura*, antes *Quert Poiuy* y más tarde *Diwan*.

Abducidos por *Tel Quel* y *Peinture*, nos peleábamos ferozmente con los que defendían el Arte Conceptual en los debates del Instituto Alemán, territorio extranjero y sin censura. Allí conocí a las *patums* del PSUC, el cineasta Portabella y el músico Carlos Santos. Él, luego gran amigo, nos bautizó como *Los cosmos*, porque «éramos como cosmonautas, venidos de otro mundo». Y en el Alemán conocí un día al inolvidable Alberto Cardín. De aquellos encuentros salieron los años maravillosos que he evocado en *La ciudad que fue*. En lo que no había vuelto a pensar era en el comunismo.

DE LA MILI A LA GUARDIA ROJA

En realidad, mi conversión al comunismo y mi posterior evolución al anticomunismo se produjeron en solo dos años, 1974 y 1975, y ambas fueron fruto de dos casualidades. En 1974, con la carrera terminada, me preparaba para cumplir el Servicio militar. Era un año que intelectualmente daba por perdido, pero en el que solo tenía una preocupación: que, ya de uniforme, hubiera una situación de violencia y nos ordenasen disparar contra los antifranquistas, es decir, contra nosotros mismos. Entonces, por un afortunado vaivén burocrático, me libré de la mili. Y mi superyó me convenció de que ese año en blanco debería convertirlo en rojo: emplearlo en hacer política al servicio de España, viendo la mejor forma de servir al pueblo, que era, sin duda, combatir sin uniforme a la dictadura.

Al mismo tiempo, encontré un trabajo estupendo, gracias al amigo de un amigo, ambos del partido: dar clase los fines de semana a un grupo de remeros olímpicos en Bañolas, que sostenía económicamente un cubano exiliado llamado Pedro Abréu, que se había hecho multimillonario gracias a un excepcional talento inversor y tenía muchas propiedades en minas y ferrocarriles de los USA y Canadá. Era un tipo extraordinario: además de preocuparse porque sus remeros estudiaran una carrera o, al menos, tuvieran un bachillerato decente y una salida al margen del deporte, nos invitaba a comer una vez por semana —Ángel, Jordi, Teresa, María y yo; luego se unieron Alberto Cardín y Alex Sáez— y como le caíamos muy bien y le gustaba hablar de psicoanálisis y de política, nos abrió una cuenta en dos librerías de Barcelona para comprar cuantos libros quisiéramos.

En aquella época, yo vivía de noche, horario que me abonaba a las Ramblas, pero vedaba el acceso a las bibliotecas, que ni queriendo hubieran dado abasto al aluvión de clásicos marxistas publicados en España desde 1974 hasta 1979, un fenómeno editorial comparable al de los años treinta, el de la bolchevización de la República, que aún nadie ha estudiado como merece. Pero la cuenta abierta de Abréu no solo me permitió hacerme con una bibliografía muy completa de psicoanálisis en francés, sino comprar o encargar todo lo traducido al español o en francés del marxismo, con preferencia por la rama más o menos estructuralista y con guiños al psicoanálisis que representaba Louis Althusser.

Con el tiempo por delante que yo mismo me di para cumplir con la patria, y con el sueldo que por ir a Bañolas los fines de semana a dar clase a sus remeros nos pagaba nuestro benefactor, leí todo Marx, salvo parte de su infinita correspondencia: desde los *Manuscritos* llamados humanistas del 44-47 a *El capital*, pasando por *La ideología alemana*, los *Grundrisse* y la abundante prosa política, desde *El 18 Brumario* a *La lucha de clases en Francia*, la *Crítica* de Feuerbach, sus pobres escritos sobre España, el *Manifiesto*, la *Crítica del programa de Gotha* y no sé cuántas quisicosas que, aprovechando el tirón editorial, salían en folletos brevísimos, con títulos distintos y el mismo texto. De Engels, además de *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, devoré *Del socialismo utópico al socialismo científico*, *Dialéctica de la naturaleza*, el *Anti-Dühring*, y otros que, atribuidos a Marx, ahora sabemos que eran de Engels, en especial el *Curso de economía política* donde está ya todo *El capital*.

Tan en serio me tomé mi formación marxista que, junto a un curso de doctorado sobre Hegel, extraordinario, que impartía Valls, falsifiqué un carné de estudiante de Económicas de la Autónoma para apuntarme a un seminario sobre *El capital*, pronto abandonado por el docente y los discentes, pero que me sirvió para leer un libro no más farragoso que otros de Marx y perfectamente inteligible, aunque falso de principio a fin.

La verdad es que, a pesar de su mala fama, la economía política era mucho más fácil de entender que el *Sèméiotiké* de Kristeva, la epistemología de Bachelard, los avistamientos freudianos de Lyotard —cuya edición en español de *Discurso, Figura* publiqué pocos años después—, los esquizoanálisis de Deleuze o Guattari y no digamos la jerga de Lacan o de Derrida —su *De la gramatología* es un cuentecito al lado de *Glas*—. Yo descansaba del *Pour Marx* de Althusser leyendo a Baran y Sweezy e incluso al trotskista Mandel. Luego volvía a la escuela althusseriana, del francés Balibar a los españoles Albiac, Crespo y Ramoneda, sin olvidar a Poulantzas y Marta Harnecker.

Por supuesto —vía París-librería Maspero— conseguí y leí las *Obras Escogidas* de Lenin en la editorial Progreso de Moscú, los cuatro tomitos de Mao, los *Principios del leninismo* de Stalin, *Mi vida* de Trotski, *El profeta desarmado*, de Deutscher, la antología de Gramsci que publicó Solé Tura y sus soberbias *Cartas desde la cárcel*. En fin, estudié.

LA VIDA SORPRENDIDA DE UN MILITANTE ANTIFRANQUISTA

Un acontecimiento precipitó nuestra salida de la teoría en favor del denostado «compromiso» político: el asesinato de Carrero en diciembre de 1973 que no se vivió como «liberación», dígase ahora lo que se diga, sino como una especie de provocación o ajuste de cuentas dentro del franquismo, que abría la temible posibilidad de una «noche de cuchillos largos» contra la oposición registrada en los archivos policiales, que era la de siempre: el Partido y los pequeños grupos de ultraizquierda, escisiones del PCE hijas del 68. Durante esas navidades, tras el miedo real que pasamos los que teníamos algún antecedente político, todos tuvimos la sensación de que las cosas, es decir, la salida o no de la dictadura, dejaban de plantearse en el terreno teórico y se imponía la fea realidad. Y a comienzos del 74, tras el magnicidio, el responsable de la seguridad de Carrero e insólito sucesor, Arias Navarro, anunció el 12 de febrero algo que se conoció como «espíritu» y terminó en fantasma, pero que prometía un cambio a fondo: la «legalización de asociaciones políticas», o sea, los partidos, en la jerga del régimen. Sorpresa total. Y el antifranquismo, pendiente del «hecho biológico» —como dio en llamarse a la muerte de Franco, que en el funeral de Carrero había mostrado claramente su senilidad— se puso a conjugar a toda prisa, sin reflexionar más, el paradójico verbo reflexivo «organizarse».

¿Y de qué podía aprovechar para esa reflexión la ingesta masiva de bibliografía marxista? O lo que es lo mismo: ¿en qué organización podíamos aplicarla? No recuerdo bien si ya llevaba el uniforme de recluta del que yo me había librado, pero sí que fue en la cocina de la casa-comuna de Hospital 72, por la noche, bajo una luz macilenta y junto a una radio enorme, negrísima, donde Javier Rubio y yo nos planteamos la cuestión. Y él, siempre más reflexivo, se había tomado la molestia de repasar todas las alternativas:

—*Mira, Federo, los únicos con los que podemos hablar son los de Bandera Roja.*

—*¿Mejor que el PSUC?*

—*Son una escisión y casi lo mismo, pero en ilustrado. Solé Tura y Borja tienen la ventaja, además, de que no son nacionalistas. Y Lluís Crespo, como*

althusseriano, sí ha leído a Freud y hasta puede que a Lacan. Por lo menos, no nos echarán los perros.

—¿Crespo, el del libro sobre Althusser; con Ramoneda?

—Ese. Tengo un contacto y podríamos hablar con él y entrar como grupo, en el sector de intelectuales, para mantener cierta autonomía y no dispersarnos en células.

—Hombre, si ellos aceptan, estaría bien. Lo malo es lo de tu mili en Zaragoza.

—Bueno, claro, todo esto lo tendrías que llevar tú, pero ya nos coordinaríamos.

—Pues, nada, si lo ves claro, adelante. Habla con él. Lo importante es organizarse.

Pero entonces sucedió algo no previsto, prueba de la desinformación absoluta que, fruto de la clandestinidad, imperaba dentro y fuera de los partidos ilegales. Tras largas conversaciones con Crespo, estábamos a punto de entrar en Bandera Roja cuando supimos (por la prensa) que sus fundadores, Solé Tura y Borja, la abandonaban y se volvían al partido con un tercio escogido de los militantes. Javier y yo nos encontramos, pues, en una disyuntiva dramática y ridícula: tras llegar a la meditatísima conclusión de que los únicos comunistas ilustrados con los que podíamos hacer política contra la dictadura eran los de Bandera Roja, ¡resultaba que sus creadores se volvían al PCE-PSUC!

¿Qué hacíamos? Habíamos ya embarcado a los pintores de Trama y a amigos de Javier, como José Miguel Alcrudo, de las librerías Pórtico de Zaragoza, y su entonces mujer, Marián, en el proyecto de constituir dentro de BR una organización autónoma que nos permitiera seguir nuestra investigación estética y psicoanalítica al modo de *Tel Quel*, con un antifranquismo marxista de lo más chic, pasado por Pekín y París, nada de Moscú, y, de pronto, zas, todo se nos venía a pique en Barcelona.

Lo normal habría sido congelar la idea, reconocer nuestra inexperiencia y haber esperado una temporada antes de tomar partido. Pero eso estaba en contra de nuestro carácter y del espíritu de la época, que empezaba a vivir de improvisaciones. También influyeron, creo, dos factores personales. Uno era que yo me había echado una novia de Bandera Roja y era bastante desairado que a las cinco de la mañana me dejara para

ir a tirar panfletos a las fábricas o al Metro, que abrían a las seis. Una vez la detuvieron, por suerte solamente unas horas, pero me parecía fatal que, estando Romeo de acuerdo en lo teórico, Julieta afrontara sola los peligros prácticos —muy reales— de la clandestinidad.

Para Javier, el factor personal era doble: había convencido a Broto para que colaborase con sus diseños en la creación de la editorial de Crespo llamada Avance; y a su otro amigo de adolescencia, Alcrudo, de la «justeza teórica de nuestra posición», que es como se llamaba en la jerga de entonces a la toma de partido. Además de un detalle no menor: suspender la entrada en BR podría entenderse como una cautela de Javier por estar haciendo la mili y expuesto a represalias más serias. Así que no permitió que nadie dudase de su entrega. Y a ambos nos delató, o nos retrató, nuestra condición intelectual, de marxistas de librería: si las ideas —nos decíamos— eran las correctas, lo sucedido en BR es que sus fundadores habían traicionado esas ideas. Razón de más para defenderlas.

Y así nos metimos en la Organización Comunista de España (Bandera Roja), en la que yo —que me había adjudicado un año sabático-militar— pasé a hacerme cargo del sector de Intelectuales y Profesionales. Debíamos de ser diez o doce, aunque de mucho lustre y futuro. Sin embargo, yo me pasaba el día de reunión en reunión. Cuatro o cinco diarias, aún hoy no sé para qué. Pero es que las reuniones venían precedidas de una cita de seguridad, y a veces dos, como cuando fui a conocer al camarada Hortalá, gran jefe de la Organización, un tío grandísimo y afable, con bigotón estaliniano y miopía tristonca, que me cayó estupendamente, porque le pregunté por el psicoanálisis y sabía lo que era.

Hortalá estaba encantado con el proyecto de la Editorial Avance —respetaba a Crespo y apreciaba que no se hubiera ido al PSUC con Solé Tura— y añadió que la OCE (ya no Bandera Roja), dentro de su expansión en toda España, estaba creando una cierta infraestructura en Zaragoza y debíamos echar una mano a los *liberados* (profesionales) que al riesgo de la clandestinidad sumaban la dificultad de una ciudad desconocida. Y del encuentro con ellos guardo el recuerdo más indeleble de aquellos días de militancia.

Era a finales de agosto. Una de esas abrasadoras jornadas zaragozanas en las que deserta hasta la humedad del Ebro y el Huerva y el termóme-

tro sobrepasa cómodamente los cuarenta grados. Cuarenta y dos a las cuatro de la tarde, cuando yo, que llegaba de Barcelona, y Javier, que salía de las oficinas del cuartel, cogimos un taxi —dos, por seguridad— al barrio de Torrero, donde tenían el piso franco los *liberados* de Hortalá. Él era muy alto, desmañado y de nuez prominente. Ella, pequeñita, joven y bastante guapa. El piso no podía ser más humilde. Los pocos libros estaban en la clásica librería hecha con cajas de fruta. Él trabajaba por horas en el mercado y en una fábrica para ir haciendo contactos. Ella estaba a cargo de la *vietnamita*, rústica imprenta y copiadora que consta de una plancha tamaño folio, un lienzo de seda —roja— y papel mecanografiado al vacío. Podía llegar a las cien copias si la seda y la tinta eran buenas. Con ese calor, imposible.

Hablamos de mil quisicosas organizativas y Javier les dio los teléfonos de contacto, aunque debíamos hacerlo primero nosotros. Luego hablamos sobre política, de partido y nacional. La impresión era triste, en lo organizativo y en lo intelectual. Ellos repetían las consignas del partido y tampoco habíamos ido allí para matizarlas. ¿Cómo hacerlo con dos personas seguramente juntas pero tan solas, jugándose la cárcel en un barrio de las afueras de Zaragoza y en un atardecer de agosto con cuarenta grados de calor? Esa era la fuerza del comunismo en la dictadura: el sacrificio de sus militantes, pero, a cambio, ¡cuántas vidas rotas, enfeudadas a un ideal trágico! ¡Cuánta desolación! Al dejarnos el taxi en la Plaza de Paraíso, la radio precisaba: cuarenta y cuatro grados. Por dentro, Javier rapado y yo con el pelo muy largo, nos habíamos quedado helados.

Hasta entonces, los peligros de la vida clandestina los había vivido en el entorno del partido: la de Vicente Cazcarrá que me contaba Labordeta; la de Gloria que viví yo cuando estaba sentada a mi lado en La Teja y el policía exhibió su placa y se la llevó; la de Ángel, que me dejó un libro de estructuralismo recién traído de París y lo detuvieron al día siguiente, diecisiete días en comisaría porque estábamos en Estado de Excepción; la de Elena, mi madrina política, a la que fuimos a ver Chiqui y yo a Barcelona, pero la detuvieron y le echaron cuatro años. Pero eso estaba, por así decirlo, descontado en el partido. En cambio, los dos *liberados* de Zaragoza me recordaban, no sé por qué, *La madre* de Gorki, un sentimentalismo abocado al terror, tan infligido como pade-

cido. Era la intemperie comunista, sin red, sin abogados, pese a que en la OCE nos dijeran que contábamos con los mismos del PSUC, sin la seguridad de que, en la comisaría o en la cárcel, alguien desde fuera se ocuparía de ti.

Solo desde una fe berroqueña en el marxismo, desde un fanatismo típicamente religioso, podía afrontarse, en el piso pobre de un barrio pobre de cualquier ciudad a la que el partido te enviase *perinde ac cadaver*, tan desangelada soledad; y en un ambiente social, el de la España de los primeros años setenta, que rechazaba abrumadoramente el comunismo. Porque no sabían lo que les convenía, queríamos creer. O porque no les convenía lo mismo que a nosotros, debimos pensar.

Los pocos meses en Bandera Roja fueron físicamente agotadores y políticamente decepcionantes. Di un curso de marxismo a un grupo de obreros en Can Serra, aunque según el manual *Conceptos básicos de materialismo histórico*, de Marta Harnecker, que sin duda alejó a aquellos jóvenes proletarios del marxismo-leninismo tanto como nos acercó a la pulmonía el sitio en que lo daba: un bajo parroquial, porque todo en el comunismo barcelonés lindaba con las sacristías. Pero la proletaria más lista y guapa del grupo limitaba su conciencia de clase a volverse cuanto antes a Asturias, harta de la fábrica. Lástima.

En 1974 llegó la flebitis de Franco y aunque reasumió por sorpresa el poder que había delegado en el príncipe, estaba claro que la situación iba a decantarse en un sentido autoritario o democrático. Así que un día decidimos, tras hablar con Crespo, que era absurdo tanto esfuerzo sin resultado. Y que, si queríamos, ante todo, la libertad y la democracia, debíamos volver al Partido, que haría más que los grupúsculos para traerla. Crespo lo aceptó, pero me encargó que negociara con Jordi Borja una cierta autonomía. Y lo intenté durante tres horas en el Bar Moka de las Ramblas, aunque habría preferido pasar la tarde en un mal dentista. Lo que no querían era que entráramos como lo habían hecho ellos, en grupo y negociando cargos. Y ponían a un *bandera blanca* para cerrar la entrada a los *bandera roja*. Suetos, cabían todos, claro que sí. Creían, como nosotros, que era el momento de la unidad antifranquista, para ir legalmente a las elecciones y ser como el PCI, pero sin facciones. Mejor entrar individualmente y en una agrupación que conociéramos, como el Instituto Alemán. No querían una absorción, sino una disolución. Fin.

DE LA LECTURA DEL *GULAG* AL VIAJE A LA CHINA DE MAO

En 1974, Franco casi se muere; en 1975 murió. Y en esos dos años se publicaron en España los dos primeros tomos del *Archipiélago Gulag*, de Soljenitsin. Como era, se decía, contra la URSS, todos los maoístas *à la mode* de París, los trotskistas y los anarquistas nos abalanzamos sobre él. Pero no era sobre Stalin, ni sobre la URSS, sino sobre el comunismo. Tras leer el primer tomo, las *chinoiseries* de *Tel Quel*, el *De la Chine* de Macciocchi o *Des chinoises* de Kristeva, me parecieron una intolerable superchería.

He conservado durante muchos años aquellos dos tomos en edición de bolsillo —benéfica idea porque así pudimos comprarlos los estudiantes y otros grupos de riesgo— de Plaza & Janés, en su colección El Arca de Papel. En algún momento, desapareció prestado el I, el fundamental, pero puedo señalar el punto exacto en el que toda idea comunista se me hizo execrable. En la edición última, ampliada y revisada por el propio autor, editada por Tusquets en 1998 a partir de la traducción de Fayard y Seuil, estos dos capítulos: «La infancia de la ley» (pp. 354–443) y «La madurez de la ley» (pp. 444–509). En especial, el primero, que demuestra cómo la idea de que Stalin pervirtió el leninismo, no puede ocultar el hecho esencial: que todo, desde el principio, está en Lenin. Todo. O, dicho de otro modo, que el problema del comunismo es, simplemente, el comunismo.

EL PARTIDO DE LOS INOCENTES Y LA AGENDA DEL BIEN

Entrado el siglo XXI, el gran enigma del comunismo es su supervivencia. ¿Por qué tanta gente se hace comunista y por qué, después de cien años de la creación por Lenin de un tipo de régimen carcelario, ruinoso y genocida, el comunismo sigue siendo una ideología respetable o respetada, que domina los campos mediático y educativo, esenciales para asegurar su continuidad? A mi juicio, la respuesta está en uno de los pocos libros realmente importantes sobre la naturaleza del comunismo, el de Stephen Koch *El fin de la inocencia: Willi Münzenberg y la seducción de los intelectuales* (Anagrama, 1997).